

Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago

JAIME ALVAR y CARLOS G. WAGNER

I. Introducción

Tradicionalmente se ha venido aceptando la fundación de Cartago como un fenómeno más dentro del proceso de expansión comercial fenicio. Pocos investigadores se han opuesto a esta visión generalizada y en ningún caso se ha propuesto una explicación nueva coherente.

La finalidad de la fundación de Cartago, según la tesis tradicional, era la sustitución de Tiro como metrópoli del comercio fenicio en el Mediterráneo Occidental, o bien, simplemente, como un punto clave más entre ambos extremos del Mediterráneo¹.

Sin embargo, esta explicación de la fundación de Cartago presenta graves problemas que hasta ahora no habían sido abordados. Podemos resumirlos en tres puntos esenciales:

1.º No hay constatación de que el comercio tirio decaiga como consecuencia de la fundación de Cartago, ni que ésta se convierta desde sus orígenes en metrópoli del comercio fenicio en Occidente².

2.º No existen indicios de que Utica hubiera dejado de desempeñar el papel para el que había sido fundada y que por consiguiente hubiera de ser sustituida por una nueva fundación colonial. Si no es con este presupuesto no se explicaría una nueva fundación tan cerca de la anterior³.

¹ Sobre esta cuestión la bibliografía es muy abundante. Baste citar, por ello, algunos ejemplos representativos: D. Harden, *The Phoenicians*, Londres, 1962, p. 63; G. Bunnens, *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essay d'interprétation fondé sur une analyse de traditions littéraires*, Bruselas-Roma, 1979, pp. 289, 309 ss.; G. Garbini, *I Fenici: storia e religione*, Nápoles, 1980, pp. 135-136, donde recoge la tesis tradicional y plantea alguno de sus problemas; F. Decret-M. Fantar, *L'Afrique du Nord dans l'Antiquité*, Paris, 1981, p. 55; S. Moscati, *L'enigma dei Fenici*, Milán, 1982, p. 33.

² Bunnens, *op. cit.*, pp. 309-310; Garbini, *op. cit.*, pp. 135-136.

³ Cfr., por ejemplo, P. Cintas, *Manuel d'archéologie punique*, I, Paris, 1970, pp. 293-294 y ss.; C. R. Whittaker, «The Western Phoenicians: Colonisation and Assimilation», *Proceedings of the*

3.º Las fuentes ponen de manifiesto intrínsecamente que la fundación de Cartago es un fenómeno aislado, que no se puede agrupar ni a la primera oleada de fundaciones (Cádiz, Utica, Lixus), ni a la expansión colonial propiamente dicha, a partir de mediados del siglo VIII a. C.⁴.

Por consiguiente, hay que buscar una explicación a la fundación de Cartago basándose en unos parámetros distintos a los que hasta ahora se habían establecido. Estos nuevos planteamientos necesitan un encuadramiento cronológico inicial, aunque no sea excesivamente preciso. No es nuestra intención tampoco tratar de resolver el problema de la fecha de la fundación de Cartago, simplemente pretendemos establecer unos límites cronológicos para poder analizar la fundación de Cartago en su contexto histórico.

La fundación de Cartago plantea un problema común a muchos establecimientos fenicios: los datos cronológicos proporcionados por las fuentes literarias no se ven confirmados por los resultados de la investigación arqueológica.

En el conjunto de los numerosos autores antiguos que nos han dejado noticia acerca de la fundación de Cartago, se pueden distinguir dos corrientes bien diferenciadas, que responden, a su vez, a dos tradiciones distintas. En primer lugar, aquella que atribuye la fundación de la ciudad a los tirios Azoros y Karchedón. Esta versión se encuentra por primera vez en un fragmento de Filisto de Siracusa⁵, historiador griego de la primera mitad del siglo IV a. C., que sitúa el acontecimiento en los tiempos inmediatamente anteriores a la guerra de Troya. La misma noticia es reproducida por un contemporáneo suyo, Eudoxo de Cnido⁶. A esta misma tradición corresponde la cita de Apiano, de la segunda mitad del siglo II d. C.⁷.

Ya Gsell rechazó esta versión calificándola de fábula inventada por un griego⁸. Parece poco probable la validez histórica de esta tradición, pues los nombres de los fundadores no son más que una distorsión de los propios nombres de Tiro y Cartago. En cuanto a la cronología proporcionada por esta versión tampoco es de gran utilidad, pues, en realidad, parece tratarse de un intento tardío de aproximación cronológica de Cartago a las primeras fundaciones coloniales fenicias (Cádiz, Utica, Lixus), cuya datación está establecida en relación a la propia guerra de Troya⁹. O bien, como afirma Cintas, esta tradición podría recoger el recuerdo de las primeras navegaciones fenicias hacia Occidente¹⁰.

Cambridge Philological Society, 200 (ns 20), 1974, p. 66; Bunnens, *op. cit.*, pp. 317 y 367-368; A. Lezaine, *Utique*, Túnez, 1970, p. 24; F. Decret, *Carthage ou l'empire de la mer*, Paris, 1977, pp. 39-40.

⁴ Garbini, *op. cit.*, p. 135.

⁵ Sobre Filisto de Siracusa, cfr. *RE*, XIX, 2409-2429, s. v. «Philistos», núm. 3 (R. Laqueur). El fragmento se encuentra recogido en: Jacoby, *F. Gr. Hist.*, II B, núm. 556, F 47.

⁶ Cfr. F. Lassarre, *Die Fragmente des Eudoxos von Knidos*, Berlín, 1966, fr. 360. Sobre el origen de esta noticia y su dependencia respecto a Filisto, cfr. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, III B, p. 512.

⁷ *Lybica*, I, 1.

⁸ S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, I, Paris, 1913, p. 375.

⁹ Bunnens, *op. cit.*, p. 143.

¹⁰ Cintas, *op. cit.*, I, pp. 164-177.

La otra tradición sobre la fundación de Cartago aparece por primera vez en Timeo¹¹, autor griego de comienzos del siglo III a. C., quien proporciona una cronología no ya basada en la guerra de Troya, sino en el cómputo olímpico. La fundación de Cartago, según Timeo, tuvo lugar treinta y ocho años antes de la primera olimpiada, es decir, en el año 814 a. C. y sitúa en ese mismo año la fundación de Roma, lo que constituye una sospechosa coincidencia. La confrontación de esta cronología con la proporcionada por Fabio Pictor o Varrón para la propia Roma, permitió a autores posteriores establecer la fundación de Cartago entre unos sesenta y setenta años antes que la fecha tradicional de la fundación de Roma¹², lo que desde el punto de vista de la crítica textual proporciona una cierta seguridad sobre la fecha tradicional de la fundación de Cartago. Esta relativa seguridad se ve acrecentada por el hecho de que Flavio Josefo, que sigue a Menandro de Efeso y éste, a su vez, pudo haber tenido acceso directo a fuentes fenicias¹³, nos transmite la noticia de que Cartago fue fundada en el séptimo año del reinado de Pigmalión de Tiro¹⁴, sin precisar más la cronología. Ahora bien, la confrontación de este dato con la lista de los reyes de Tiro, que proporciona el propio Flavio Josefo, la duración de sus reinados y las sincronías con los reyes de Israel permite situar la fecha de la fundación de Cartago en el último cuarto del siglo IX¹⁵. Además, se puede establecer otra sincronía a partir de una inscripción de Salmanasar III¹⁶, que permitiría fijar la fundación de Cartago entre los años 825 y 820 a. C.¹⁷ Por último, una estela hallada en el santuario de Cartago, fechada en la primera mitad del siglo IV, permite asimismo confirmar de alguna manera la fecha tradicional de la fundación. Esta estela presenta una inscripción en la que el dedicante, un tal Baalus, da a conocer su genealogía en 16 generaciones. Calculando un

¹¹ Recogido por Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas*, I, 74, l. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, III B, núm. 566, F 60.

¹² Así, Cicerón (*Rep.* II, 23) afirma que Cartago fue fundada sesenta años antes que Roma y treinta y nueve antes de la primera olimpiada. Trogo Pompeyo (*Justino*, XVIII, 6, 9, Orosio, IV, 6, 1) la sitúa setenta y dos años antes que Roma. Por su parte, Veleyo Patérculo (I, 6, 4) dice que Cartago es anterior a Roma en sesenta y cinco años. Por último, Servio (*Aen.* I, 12) considera que son setenta años los que separa ambas fundaciones. Cfr. Bunnens, *op. cit.*, p. 319.

¹³ Cfr., por ejemplo, Cintas, *op. cit.*, p. 216; Garbini, *op. cit.*, pp. 71 ss., se muestra crítico al respecto, pues piensa que Menandro habría tenido acceso a una historia griega sobre Fenicia (p. 82).

¹⁴ Flavio Josefo, *Contra Apion*, I, 18.

¹⁵ Este acontecimiento se habría producido ciento cincuenta y cinco años y ocho meses después de la subida al trono en Tiro de Hiram, el aliado de Salomón, lo que proporciona una fecha en torno al 826 y, por tanto, próxima a la de Timeo. La diferencia entre ambas podría explicarse por la imprecisión de los métodos cronológicos empleados por los escribas, así como del cálculo por generaciones que utilizan los historiadores griegos. Cfr. G.-Ch. y C. Picard, *Vie et mort de Cartaghe*, París, 1970, p. 34. Por su parte, Cintas ha analizado el texto de Josefo en el que introduce una serie de correcciones que le permiten situar el hecho en 820/19 («Laurentianus, LXIX, 22, ou la torture d'un texte», *Mélanges Piganiol*, III, París, 1966, pp. 1681-1692; *Manuel d'Archéologie Punique*, I, pp. 181-203). Sobre las equivalencias cronológicas véase también Bunnens, *op. cit.*, pp. 320-322.

¹⁶ IM 55644, col. IV, l. 10. J. María Peñuela, «La inscripción asiria IM 55644 y la cronología de los reyes de Tiro», *Sepharad*, 13, 1953, pp. 219-222.

¹⁷ Cintas, *op. cit.*, I, pp. 187 ss., Bunnens, *op. cit.*, pp. 322 ss.

término medio de treinta años por generación, la fecha del primer antepasado conocido sería del 830 a. C., es decir, coincidiría con los primeros años de existencia de la ciudad¹⁸. Tratar de precisar más la fecha de la fundación de Cartago, a partir de los textos literarios, no creemos que merezca la pena teniendo en cuenta los problemas intrínsecos que plantea la cronología. Baste, desde el punto de vista histórico, afirmar que Cartago habría sido fundada entre el año 825 y el 814 a. C.¹⁹.

Los resultados de la investigación arqueológica en Cartago no permiten en su conjunto establecer, sin embargo, una cronología anterior a mediados del siglo VIII a. C. Los materiales más antiguos proceden del recinto de Tanit²⁰.

Cintas ha intentado remontar hasta finales del siglo IX la cronología arqueológica, basándose en comparaciones estilísticas con la cerámica geométrica oriental, tratando incluso de elevar la datación de Tanit I²¹; sin embargo, sus argumentos no han sido aceptados, por lo que los investigadores mantienen, en general, la fecha de mediados del siglo VIII a. C.²². Desde el punto de vista arqueológico, no se puede, pues, demostrar que la fecha histórica de la fundación de Cartago sea la indicada por las tradiciones literarias. Ahora bien, la arqueología tampoco puede negar taxativamente esta fecha por dos razones fundamentales:

En primer lugar, la cronología de la arqueología púnica está basada en la cronología de la cerámica griega, lo que presenta graves problemas puesto que, según este método, nunca se podría dar una cronología segura anterior a las primeras importaciones griegas en un yacimiento dado²³.

En segundo lugar, es arqueológicamente evidente que Cartago existe como ciudad desde mediados del siglo VIII, lo que implica una etapa de gestación urbana que tendría necesariamente lugar en la primera mitad de ese siglo. Por consiguiente, se puede aceptar sin gran dificultad una presencia inicial fenicia a partir de finales del siglo IX a. C.²⁴.

Resulta, pues, lícito encuadrar los orígenes históricos de Cartago en el contexto general de las ciudades fenicias en el último tercio del siglo IX a. C.

¹⁸ *CIS*, III, p. 120, láms. XIII y XIV, núm. 3778. Cintas, *op. cit.*, I, pp. 466 ss.

¹⁹ El intento de rebajar esta fecha con argumentos hipercríticos, como los de E. O. Forrer, «Karthago wurde erst 773-663 v. Chr. gegründet», *Festschrift Dornseiff*, Leipzig, 1953, pp. 85-93; E. Frézouls, «Une nouvelle hypothèse sur la fondation de Cartaghe», *BCH*, 79, 1955, pp. 153-176 o el de R. Carpenter, «A Note on the Foundation Date of Carthage», *AJA*, 68, 1964, p. 178, está absolutamente desacreditado por la ausencia de base sólida en la argumentación. Véase a este respecto: Cintas, *op. cit.*, pp. 22 ss.; Bunnens, *op. cit.*, pp. 324 ss.; Garbini, *op. cit.*, p. 135, n. 28. Por otra parte, desde el punto de vista arqueológico estas tesis son insostenibles, pues está demostrada la existencia de Cartago, al menos desde mediados del siglo VIII a. C.

²⁰ D. Harden, «The Pottery of the Precinct of Tanit at Salambo», *Iraq*, 4, 1937, pp. 59-89. P. Cintas, *La cerámica púnica*, París, 1950, pp. 490-504; *idem*, *op. cit.*, I, pp. 322-340; A. M. Bisi, *La cerámica púnica*, Nápoles, 1970, pp. 72-75, etc.

²¹ Cintas, *op. cit.*, I, pp. 316 ss.; 374; 428; 438.

²² Para una crítica a los argumentos de Cintas, cfr. R. Rebuffat, *REA*, 73, 1971, pp. 174-175. Whittaker, *loc. cit.* (n. 3), p. 66.

²³ Véase a este respecto la opinión de Bunnens, *op. cit.*, p. 327.

²⁴ Moscati, *op. cit.*, p. 40.

Asirio percibe un beneficio de sus campañas militares que podríamos denominar como una actividad económica de carácter comercial. Carentes de la infraestructura comercial marítima necesaria, los asirios utilizan la red existente para abastecerse de los bienes de que carecen, esa red preexistente es naturalmente la fenicia. Ahora bien, esta modalidad de actividad comercial afecta especialmente a aquel estrato de la sociedad fenicia dedicado tradicionalmente al comercio³². Indudablemente, la presión asiria no incidiría exclusivamente en este estrato social, pero sí es evidente que sería el más perjudicado, puesto que de hecho, en los relatos asirios de las campañas mediterráneas, los artículos importados bajo la forma de tributo, adquiridos en las ciudades fenicias, son casi exclusivamente manufacturados o procedentes de una actividad comercial. Por ello es lícito afirmar que el elemento social más afectado desde el punto de vista económico por la actividad militar asiria sería fundamentalmente la oligarquía mercantil, los individuos dedicados a la actividad artesanal y los demás grupos sociales con ellos relacionados. Sería lógico pensar, por tanto, que precisamente estos elementos socio-económicos serían contrarios a un fomento de las relaciones con Asiria y preferirían estrechar los lazos políticos con Egipto que favorecía mejor sus intereses económicos.

Por el contrario, la monarquía tradicional fenicia aceptaría de mejor o peor grado la situación impuesta por la fuerza de las armas asirias, de tal forma que le resultaría políticamente más cómodo la satisfacción de los tributos exigidos por los monarcas asirios y mantener así una precaria independencia, que sublevarse contra el poderoso vecino oriental buscando un posible apoyo en Egipto, lo que seguramente habría provocado una intervención militar directa asiria con el consiguiente perjuicio político para los reyes fenicios sublevados. En apoyo de este razonamiento podríamos señalar que las monarquías fenicias sustentaban básicamente su poder en los beneficios obtenidos por la forma de posesión y explotación de la tierra y, como hemos señalado, no procedía esencialmente de este sector la riqueza que habrían de pagar bajo la forma de tributo a los asirios³³.

Teniendo en cuenta estas consideraciones generales, resulta especialmente significativo constatar que la monarquía fenicia tenía un carácter marcadamente sacerdotal y que cada rey era sacerdote de la máxima divinidad femenina local, lo que vendría a demostrar el carácter agrícola como base de

³² Vid., por ejemplo, Frankenstein, *loc. cit.*, pp. 369 y ss.

³³ Es necesario precisar que aunque el monarca fenicio era o podía ser un comerciante, la propiedad de la tierra le aseguraba unos ingresos económicos suficientemente saneados como para aceptar la imposición de tributos por parte asiria en uno de los sectores de sus actividades económicas, como era el comercio. Por tanto, aunque se viera afectado por los gravámenes asirios, aún le quedaría prácticamente intacto el sector agrario, base tradicional de la economía en la Antigüedad. Por el contrario, aquel sector de la población relacionado con las actividades mercantiles no tiene un respaldo económico basado en la riqueza inmueble y aquí podría radicar la diferente actitud política de comerciantes y terratenientes frente a la presión asiria. Ante estas dos posturas contrapuestas, aparentemente el rey se inclina en favor de los sustentadores de la economía tradicional, es decir, de los terratenientes entre los que ocupa el lugar más destacado.

una buena parte del poder de la monarquía fenicia³⁴. Esta base económica agrícola se vería ampliada desde el cambio de milenio por los ingresos procedentes de las actividades mercantiles, con lo que el rey se convertiría en un promotor del comercio³⁵, aunque no abandonaría su papel de gran terrateniente. Al mismo tiempo, el desarrollo de las actividades comerciales favorecería la aparición de una oligarquía mercantil en las ciudades fenicias que pronto dejaría sentir su voz en las cuestiones políticas, recortando así el poder de la realeza³⁶. El carácter oligárquico de estos comerciantes vendría dado por el título que les otorga Isaías (XXIII, 5, 8-9, 11b-12a, 15, 17-18) de «príncipes»³⁷. La articulación política de esta oligarquía mercantil se desarrollaría en forma de consejo, compuesto por representantes de las familias que controlaban el comercio³⁸. El poder de esta oligarquía se iría acrecentando hasta tal punto que, en opinión de algunos autores, llegaron a desplazar a la monarquía del poder político³⁹. Aunque esta interpretación pueda ser exagerada, no deja de ser significativo que la forma de gobierno en las colonias fenicias occidentales fuera el sufetato, coincidiendo con el hecho de que la existencia de tales núcleos está directamente relacionada con la actividad de la oligarquía mercantil; es decir, la oligarquía mercantil es la que ejerce todo el control político y lo desarrolla mediante esta institución que le es propia⁴⁰. Desde el punto de vista religioso, también hay una diferencia entre la oligarquía terrateniente y la mercantil. La primera depositaba su confianza en divinidades agrícolas de carácter femenino y el monarca era al mismo tiempo sumo sacerdote de tal divinidad. Por el contrario, los comerciantes estaban vinculados a una divinidad masculina, Melqart, representante de sus intereses en el panteón fenicio. En este caso el rey no ostentaba la máxima autoridad de su clero⁴¹, sino que el sumo sacerdote de

³⁴ S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Turin, 1972, pp. 667-678. Garbini, *Op. cit.*, pp. 55-59, donde afirma textualmente que el rey de Tiro era el sumo sacerdote de Astarté.

³⁵ En este sentido, es interesante destacar que en una fecha tan temprana como mediados del siglo X a. C., el rey de Tiro facilita los aspectos técnicos de las actividades marítimas del reino de Salomón; cfr., por ejemplo, L. García Iglesias, *Los judíos en la España Antigua*, Madrid, 1979, pp. 32 ss.; G. Bunnens, «Commerce et diplomatie phéniciennes au temps de Hiram I^{er} de Tyr», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 19, 1976; J. Alvar, «Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico», *RSF*, 10, 1982, p. 218 y 226.

³⁶ Garbini, *Op. cit.*, p. 45. No resulta extraño este fenómeno, pues es bien conocido en el mundo griego. El desarrollo de las actividades mercantiles y coloniales en época arcaica tendrá como consecuencia la aparición de una oligarquía vinculada a actividades de carácter mercantil que transformará el mapa político de las póleis que habían participado en la aventura colonial (Tucidides, I, 8, 1). Cfr. G. Thomson, *Studies in Ancient Greek Society, II, The First Philosophers*, London, 1961, pp. 216 ss. y la polémica por él suscitada, cfr. G. E. M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World, From the Archaic Age to Arab Conquest*, Londres, 1981, pp. 41, 128 ss.

³⁷ Véase a este respecto S. F. Bondi, «Note sull'economia fenicia. I. Impresa privata e ruolo dello stato», *Egitto e Vicino Oriente*, 1, 1978, pp. 141-143.

³⁸ S. Moscati, *The World...*, p. 51.

³⁹ Cfr., por ejemplo: Harden, *Op. cit.*, p. 79.

⁴⁰ S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, p. 656.

⁴¹ Que Melqart es la deidad característica de los comerciantes queda puesto de manifiesto por su expansión mediterránea, cfr. D. Van Berchem, «Sanctuaires d'Hercule-Melkart: contribution à l'étude de l'expansion phénicienne en Méditerranée», *Syria*, 44, 1967, pp. 73-109; 307-338.

II. Tiro y las ciudades fenicias en vísperas de la fundación de Cartago

El marco histórico internacional del período anterior a la fundación de Cartago está caracterizado por la rivalidad entre Asiria y Egipto por imponer su hegemonía en la región sirio-palestina.

El equilibrio logrado en la segunda mitad del segundo milenio habría desaparecido como consecuencia de las invasiones de los Pueblos del Mar y el surgimiento de nuevas formaciones estatales.

La nueva situación creada a partir del siglo XII tiene como manifestación inmediata una relativa independencia política de los estados sirio-palestinos. En este contexto, la ausencia político-militar de Egipto en esta zona, así como sus dificultades internas, habían hecho pensar a los investigadores que las relaciones entre los estados sirio-palestinos y el país del Nilo no eran sólo de absoluta independencia, sino que en ocasiones se manifestaba abiertamente una conducta irrespetuosa hacia el antaño poderoso vecino. Esta apreciación estaría corroborada por el relato del viaje de Uenamón, que recibió un trato descortés por parte del rey Zakar-Baal a su llegada a Biblos²⁵. Sin embargo, un reciente estudio ha venido a demostrar que la conducta reservada del monarca de Biblos no obedece a un sentimiento de desprecio inspirado por la decadencia egipcia, sino al comportamiento sospechoso del mensajero de Amón, y por consiguiente el texto aludido no permite deducir que las relaciones entre las ciudades fenicias y Egipto fueran tensas, sino que por el contrario existía una normalidad diplomática y comercial²⁶.

Esta ausencia militar egipcia en la región se mantiene hasta la dinastía XXII. En efecto, el reinado de Sheshonq I (945-924) marca el inicio de una nueva intervención egipcia en la región de sirio-palestina que continuará bajo sus sucesores²⁷. Al mismo tiempo, había tenido lugar, por parte de Asiria, el comienzo de una política de expansión occidental que terminaría por afectar de un modo directo a las ciudades fenicias²⁸. En este contexto no es

²⁵ Cfr., por ejemplo, S. Moscati, *The World of the Phoenicians*, Londres, 1973, p. 30. Sobre el viaje de Uenamón véase, por ejemplo, Bunnens, *op. cit.*, pp. 45 ss., donde podrá encontrarse la bibliografía anterior.

²⁶ G. Bunnens, «La mission d'Ounamon en Phénicie. Point de vue d'un non-egyptologue», *RSF*, 6, 1978, pp. 1-16.

²⁷ I Reyes, XIV, 25-26, alude en este contexto a la expedición de este faraón contra Jerusalén, lo que permitió el restablecimiento del antiguo prestigio egipcio en la zona. A partir de ahora, los pequeños monarcas locales respetan abiertamente a los faraones de la nueva dinastía, con lo que Egipto había de nuevo en el exterior el papel de un gran país. Como clara prueba de esta situación, conservamos las manifestaciones de respeto de los reyes de Biblos hacia Sheshonq y su sucesor Orsokon I (924-889) (cfr. R. Dessaud, «Les inscriptions phéniciennes du tombeau d'Ahiram, roi de Biblos», *Syria*, 5, 1924, pp. 145 ss.; Idem, «Dédicace d'une statue d'Orsokon I par Eliba'al, roi de Byblos», *Syria*, 6, 1925, pp. 101-117). La renovada influencia egipcia en Asia pervive, aparentemente, bajo el reinado de Takelot I (889-874) y ya en el reinado de Orsokon II (874-850) tenemos una prueba fehaciente de su presencia con motivo del apoyo militar prestado a la coalición antiasiria que se enfrentó a Salmanasar III en la batalla de Qarqar, en el 853 a. C. (cfr. M. R. Hall-D. Litt, «The Eclipse of Egypt», *CAH*, III. *The Assyrian Empire*, pp. 261 ss.; P. Cintas, *Op. cit.*, I, p. 28), lo que pone de manifiesto que Egipto apoyaba la resistencia antiasiria de los principados sirio-palestinos y que éstos confiaban en su aliado meridional.

²⁸ Tal política de expansión hacia Occidente se anunciaba ya con la expedición de Tiglat-Pilaser I hacia los países mediterráneos, en torno al año 1100 a. C. (cfr. *ANET*, pp. 274-275; P.

descartable que los pequeños estados de Siria y Palestina hayan intentado una reorientación de sus relaciones externas, buscando en Egipto un contrapeso a las nuevas presiones procedentes del gran vecino oriental. En este sentido es importante reincidir en el hecho de que la presencia egipcia en la zona se había dejado sentir, por ejemplo, en la intervención de Orsokon II en la batalla de Qarqar. Además, las relaciones entre las ciudades fenicias y Egipto durante todo este período están demostradas por la presencia de objetos procedentes de Egipto entre los tributos obtenidos por los monarcas asirios²⁹. Otros elementos posteriores nos permiten inducir que las relaciones comerciales entre Egipto y las ciudades fenicias debieron de ser intensas en esta época³⁰. Esta relativamente intensa actividad comercial facilitaría una aproximación política, favorecida por la momentánea debilidad en Asiria tras la muerte de Salmanasar III³¹.

Sería un error considerar que estos factores de política exterior no afectaran al desarrollo de la política interna de las distintas ciudades fenicias. En este sentido, hay un elemento que permite relacionar en toda su amplitud la interrelación existente entre la política externa y la interna: el imperio

Garelli, «Remarques sur les rapports entre l'Assyrie et les cités phéniciennes», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punic*, I, Roma, 1983, pp. 61 ss.). Pero las campañas asirias hacia los países occidentales y la costa mediterránea adquieren continuidad a partir del reinado de Assurnasirpal II (883-859), quien en 875 realiza una expedición por la que obtiene tributos de Tiro, Sidón, Biblos, Arvad, Amurru, etc. (cfr. *ARAB*, I, 479; ANET, p. 276). Esta campaña tuvo, además, entre otras consecuencias la de la llegada de artesanos fenicios y maderas del Líbano para la construcción del palacio de este rey (cfr. *ARAB*, I, 538; D. J. Wiseman, *Iraq*, 14, 1952, pp. 24-44). Con Salmanasar III se multiplican estas campañas occidentales. A la ya mencionada batalla de Qarqar siguen otras expediciones en 849, 846, 842, 840 y 837, por medio de las cuales obtuvo tributos de Tiro, Sidón, Biblos, etc. (cfr. *ARAB*, I, 578, 672; F. Safar, *Summer*, 7, 1951, p. 321; J. Laesse, *Iraq*, 21, 1959, pp. 147-157; S. Moscati, *The World of the Phoenicians*, London, 1973, pp. 37-38). Como resultado, el control asirio sobre las ciudades fenicias se mantuvo firme a lo largo de todo este reinado, cfr. W. Rölling, «Die Phönizier des Mutterlandes zur Zeit der Kolonisierung», *Phönizier im Westem. Madrider Beiträge*, 8, 1982, p. 24.

²⁹ Moscati, *Op. cit.*, p. 36. S. Frankenstein, «The Phoenicians in the Far West: A Function of Neo-Assyrian Imperialism», *Mesopotamia*, 7, 1979, pp. 268-270. Por otra parte, es de sobra sabido que los fenicios actuaban como intermediarios comerciales entre Egipto y Mesopotamia, véase, por ejemplo, Frankenstein, *loc. cit.*, pp. 272-273.

³⁰ Así, sabemos que había fenicios afincados en Egipto con seguridad a partir del siglo VIII a. C., aunque no habría dificultad para remontar tal fecha (cfr. Frankenstein, *loc. cit.*, p. 275). El libro de *Isaías*, que corresponde a esta época, pone también claramente de manifiesto la actividad comercial fenicia en Egipto; también podría añadirse el testimonio, más dudoso por los problemas cronológicos que plantea, de la Odisea (XIV, 287-300), cfr. Bunnens, *Op. cit.*, pp. 66 ss. y 366; Garbini, *Op. cit.*, p. 68, así como la noticia de Heródoto (II, 115) sobre la existencia de un barrio tirio y un santuario de Astarté («Afrodita extranjera») en Menfis, cfr. R. Rebuffat, «Hélène en Egypte et le romain égaré», *REA*, 68, 1966, pp. 245 ss.

³¹ Tras la muerte de este monarca, que llevó a cabo la máxima presión sobre los reinos sirios y palestinos, se produjo una época de relativa tranquilidad para todos estos estados, debido fundamentalmente a la crisis interna que afectaba al propio Imperio asirio (cfr. S. Smith, «The Foundation of the Assyrian Empire», *CAH*, III, 1965, pp. 26 ss). A partir de entonces y hasta la subida al trono de Tiglat-Pilaser III en el año 744, la única expedición conocida fue la de Adad-Ninari III en el 805 contra los filisteos y edomitas. En el relato de su campaña declara haber recibido tributo de Tiro y Sidón (cfr. *ARAB*, I, 734, 739). No deja de ser significativo, como ya observara Moscati, que en el documento de este monarca se indique explícitamente que el tributo le había sido negado a su padre Shamshi-Addad V (823-811), cfr. *The World...*, p. 38. Esto es una prueba de la manifiesta debilidad asiria en la región.

Melqart es un cargo independiente que va adquiriendo cada vez mayor prestigio e importancia política en la región⁴².

Como resumen de cuanto acabamos de exponer se puede afirmar que diversos factores habían intervenido en la configuración de una nueva situación político-económica en vísperas de la fundación de Cartago. Por una parte, el imperialismo asirio había obligado a la modificación de las alianzas tradicionales de las ciudades fenicias y había incidido directamente en el malestar de un sector económico dedicado a las actividades comerciales. Por otra parte, la situación interna de las ciudades fenicias se había transformado considerablemente con la aparición de una oligarquía mercantil. Estos dos fenómenos tienen una relación estrecha, pues precisamente la oligarquía mercantil era la que sufría más directamente la presión asiria desde el punto de vista económico, mientras que la tradicional oligarquía terrateniente padecía de forma menos onerosa la presencia temporal de los ejércitos asirios. La contraposición de los intereses económicos de ambos grupos provocaría una tensión política que afectaría a las relaciones internacionales: el sector mercantil defendería una aproximación a los intereses políticos egipcios, mientras que el sector agrario propugnaría una postura más realista proasiria. La tensión se hará insostenible en el momento en que el rey de Tiro, en cuanto sumo sacerdote de Astarté, se incline en favor de la oligarquía terrateniente. El peso del poder monárquico en apoyo de uno de los grupos de la oligarquía tiria significará la ruptura definitiva en el seno de la aristocracia y sus repercusiones serán inmediatas. La fundación de Cartago no es en absoluto ajena a este proceso.

III. Una lectura histórica de las fuentes

El texto más coherente sobre la fundación de Cartago es, indudablemente, el de Justino (XVIII, 4 y 5), que tras una lectura crítica permite obtener conclusiones de validez histórica. Ante todo, del texto de Justino parece vislumbrarse la existencia de una querella dinástica en el seno de la monarquía tiria. El rey Muto había dejado como herederos del trono a sus dos hijos, Pigmalión y Elisa. A la muerte de Muto el pueblo remite el poder a Pigmalión a pesar de su juventud. La historicidad de estos personajes parece asegurada, pues aparecen en otros textos, como el de Timeo⁴³ o Flavio Josefo⁴⁴, que como ya hemos mencionado pudo tener acceso indirecto a los anales tirios. Del texto se desprende que Elisa había sido relegada del poder. Dejando al margen el polémico tema de que una mujer tuviese la posibilidad de gobernar, lo que parece claro es que el pueblo no tenía la más mínima

Bunnens, *Op. cit.*, pp. 158 y 282-285, quien considera que el sacerdocio y los santuarios de Melkart han podido desempeñar un papel análogo al de los Karū asirios.

⁴² Moscati, *I Fenici e Cartagine*, p. 668.

⁴³ Jacoby, *F. Gr. hist.*, III B, núm. 556 F 82.

⁴⁴*Contr. Ap.*, I, 18.

autoridad política para llevar a cabo una acción como la que le atribuye Justino⁴⁵. En tales circunstancias, parece lógico afirmar que el relato de Justino es una recreación novelada de un enfrentamiento en el seno de la aristocracia tiria con motivo de la sucesión de Muto, cuyo heredero legítimo sería Pigmalión. Este era demasiado joven, es decir, no tendría la edad necesaria para reinar legalmente y por tanto Elisa sería la regente hasta que su hermano alcanzase la mayoría de edad. Por motivos que se nos escapan, pero que deben ser ajenos al aducido por Justino, Elisa es apartada del poder político. Ante tales circunstancias intenta recuperarlo con una jugada bien calculada: se casa con su tío materno, Acerbas, sumo sacerdote de Melqart y que como tal ocupaba el primer rango en la ciudad tras el propio rey⁴⁶. Se deduce de esta operación una nueva postura política de Elisa, aproximándose a la oligarquía mercantil, frente al sector poseedor de bienes inmuebles que apoyaría a Pigmalión. Este matrimonio parece extremar la tensión y polariza hasta tal punto las posiciones que obliga a una solución inmediata: Pigmalión asesina a Acerbas que se había convertido en su principal rival político⁴⁷. Efectivamente, Acerbas podía reclamar el trono de Tiro porque pertenecía a la familia real, como cuñado del rey Muto y como consorte de una legítima heredera del trono. Por otra parte, sus posibles pretensiones no son en absoluto utópicas: en tanto que sacerdote de Melqart y personaje más influyente en el sector mercantil de la oligarquía tiria. El margen de actuación política que Elisa y Acerbas han dejado a Pigmalión es tan estrecho que la única salida que le queda a éste es el magnicidio. Los motivos desencadenantes del asesinato de Acerbas son, vistos desde esta perspectiva, de peso suficiente y parecen más comprensibles que la simple avaricia aducida por Justino⁴⁸. A esta compleja situación dinástica habría que añadir, para comprender mejor los móviles que motivaban las actuaciones de unos y otros, la contraposición de intereses políticos y económicos de las facciones en litigio, ocasionada por la inestable situación internacional, a que hemos aludido en el epígrafe anterior.

El asesinato de Acerbas produjo el efecto esperado por Pigmalión, pues la decapitación de la facción favorable a Elisa desorientó a sus miembros, entre los que se encontraban destacados representantes de la aristocracia tiria⁴⁹. Tras el magnicidio, Elisa y sus partidarios mantuvieron una discreta política de silencio mientras calibraban la reacción adecuada. Sin embargo, ahora la relación de fuerzas había variado considerablemente, debido quizá a algún otro elemento que no podemos determinar con seguridad, pero que no

⁴⁵ Aunque en las ciudades fenicias existían asambleas de carácter popular, su margen de actuación política parece haber sido bastante estrecho, por lo que no parece que en él cupiera la posibilidad de inclinarse en favor de uno u otro heredero, ni que su opinión fuera vinculante. Cfr. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, pp. 657-666.

⁴⁶ Justino, XVIII, 4, 5.

⁴⁷ El asesinato de Acerbas por Pigmalión es confirmado por una fuente anterior a la de Justino, como es Timeo, cfr. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, III B, núm. 556, F 82.

⁴⁸ XVIII, 4, 8.

⁴⁹ Justino, XVIII, 4, 9.

distaría de una fuerte represión y vigilancia que finalizaría con el convencimiento por parte de Elisa y los suyos de que la única salida viable era el exilio. Del texto de Justino se desprende que éste fue preparado con el máximo secreto, lo que reforzaría la existencia de un estrecho cerco de Pigmalión en torno a la facción disidente⁵⁰.

La continuación del relato de Justino encierra también una información rica en interpretación. La huida de Elisa y sus partidarios, bajo la forma en que la narra nuestro epitomista, evidencia con claridad meridiana que la fundación de Cartago no es más que una consecuencia de las luchas internas de la aristocracia tiria⁵¹. Ahora bien, la fundación de la nueva colonia no es más que el broche final de una aventura que forzosamente tenía que concluir de la forma en que lo hizo. Se podría argüir que la historia de Elisa podría haber acabado en Chipre, en Utica, o en cualquier otra colonia de Tiro y no necesariamente en la fundación de un nuevo establecimiento. Ciertamente, los intereses políticos de las oligarquías gobernantes en Kition o en Utica eran similares a los del grupo de exiliados. De hecho, la recepción de Elisa y los suyos en Chipre no puede ser más cordial, pues el propio sacerdote de Juno se ofrece a su servicio y Elisa, además, embarca en la isla a ochenta vírgenes para asegurar la descendencia de sus acompañantes⁵². Del mismo modo sabemos que los uticenses envían una embajada a Elisa y sus partidarios a su llegada a la costa africana⁵³. Lo que puede sorprender al historiador es que a pesar de las coincidencias de intereses políticos entre el grupo de exiliados y los oligarcas de las colonias fenicias, aquéllos tuvieron que continuar su camino tras la llegada a Kition y no recalar en Utica al

⁵⁰ XVIII, 4, 9-13.

⁵¹ En este sentido, es bastante significativo, en nuestra opinión, que Justino mencione un grupo de «senadores» que se encontraban preparados para embarcar con Elisa la noche de la huida. Estos «senadores» no pueden ser obviamente más que los miembros del consejo (cfr. nota 38) que representaba, sin duda, a las principales familias que controlaban el sector mercantil.

⁵² En el texto de Justino se hace mención del sacerdote de Juno, que no es más que la *interpretatio romana* de la Astarté fenicia: Justino, XVIII, 5, 1-5. La interpretación del pasaje de Justino que hace referencia a la escala de Elisa en Chipre puede resultar sugestiva. Aunque en principio el sacerdote de Astarté se ofrece a Elisa para acompañarla y compartir con ella su fortuna, lo cierto es que en el relato no se vuelve a hacer mención de tan importante personaje. Es de suponer que no se fue con ella. Por otra parte, la amable actitud del sacerdote contrasta con el comportamiento de Elisa, que no tiene inconveniente en raptar unas ochenta vírgenes que cumplían un ritual de prostitución sagrada. Este último hecho en sí no es sorprendente, puesto que coincide cronológicamente con la época que refleja la *Odisea*, donde los raptos por parte de mercaderes fenicios no son raros (cfr. XV, 415-482). Se podría decir que el rapto formaba parte de la práctica comercial de la época (cfr. Decret. *Op. cit.*, p. 30). Sin embargo, no parece una respuesta adecuada a la hospitalidad del sacerdote de Astarté-Juno. La explicación de todo ello reside en el hecho de que, en su calidad de sacerdote de esta divinidad agraria, este personaje se encontraba directamente vinculado con los intereses de Pigmalión y la monarquía tradicional de Tiro, y opuesto, por tanto, al sector situado bajo el patrocinio de Melkart. Es probable por consiguiente que conocedor de la llegada de la princesa se apresurara en ofrecerle su ayuda y hospitalidad, pero sabedor luego del porqué de la presencia de Elisa en la isla se retractara para no perder su posición de privilegio. Ello se entiende mejor si consideramos la existencia de una cierta dependencia política de Kition respecto del rey de Tiro (cfr. notas 56 y 59), lo que implicaría una dependencia también en la vertiente religiosa, ya que aquel monarca, como se ha dicho, ostentaba el sumo sacerdocio de Astarté.

⁵³ Justino, XVIII, 5, 12-13.

pisar suelo africano. Algo ocurría que imposibilitaba a la oligarquía mercantil de las colonias a acoger en su seno a la hermana del rey de Tiro y a los máximos representantes de la aristocracia comercial tiria⁵⁴.

Existen dos factores que pueden explicar con relativa facilidad el comportamiento de las oligarquías coloniales frente al grupo de exiliados. Por una parte, sus relaciones político-económicas con la metrópoli les imposibilitaban aceptar a esta facción de la aristocracia si no era tras la ruptura con la facción triunfante en Tiro. Por otra parte, la presencia de los exiliados en cualquier comunidad colonial habría provocado una grave tensión política entre los dirigentes tradicionales de la colonia y los recién llegados, entre los que se encontraba ni más ni menos que una heredera legítima del trono de Tiro. Ante esta realidad, no quedaba más remedio que Elisa y los suyos, rechazados de una u otra forma en las fundaciones preexistentes, optaran por la fundación de un nuevo asentamiento adecuado a sus propias necesidades.

Ahora bien, el establecimiento que se iba a elegir debía reunir una serie de condiciones fácilmente previsibles.

El lugar adecuado no debía encontrarse demasiado próximo a la metrópoli para evitar posibles represalias desde Tiro contra los exiliados. El propio relato de Justino hace mención de un intento semejante, que finalmente no tuvo éxito⁵⁵. Este comportamiento no es extraño a la actitud de los reyes de Tiro, pues conocemos la existencia de algún caso similar anterior. Hiram de Tiro había emprendido una expedición contra los habitantes de Kition en Chipre por haberse negado a pagar el tributo⁵⁶. Por otra parte, el mundo colonial fenicio situado en torno a las Columnas de Hércules quedaba demasiado lejos para un eventual regreso a la metrópoli en cuanto las circunstancias fueran favorables. Es evidente que hay una clara intencionalidad de regreso a Tiro y ello se deduce del texto de Justino⁵⁷. El hecho de que Elisa y los suyos no regresaran triunfantes a su patria ha provocado una deformación óptica entre los investigadores, pues debía existir una clara oposición entre la intencionalidad y lo que luego ocurriría: aunque el exilio nunca tuvo regreso, es lógico suponer que quienes se embarcaron con Elisa proyectaran volver cuando pudieran obtener el control político en Tiro. Además, la ausencia de estructuras urbanas en Cartago hasta mediados del siglo VIII confirmaría de esta manera el carácter en principio transitorio del establecimiento.

Finalmente, el lugar escogido para el nuevo asentamiento había de

⁵⁴ El carácter errático de la figura de Elisa había sido ya percibido en la Antigüedad, como pone de manifiesto el sobrenombre bajo el que conocemos también a este personaje: Dido, cfr. Decret, *Op. cit.*, p. 52; Bunnens, *Op. cit.*, pp. 134-135 y 166.

⁵⁵ Justino, XVIII, 5, 6.

⁵⁶ Flavio Josefo: *Conta. Ap.*, I, 119; cfr. Moscati: *The World...*, p. 31.

⁵⁷ Justino, XVIII, 5, 9.

⁵⁸ En este sentido es muy interesante observar que, a partir de la información que proporciona Justino, Cintas calcula el tamaño de la población emigrante de los primeros tiempos de Cartago en unos 500 o 600 individuos en base a la densidad de ofrendas de Tanit I (cfr. *Op. cit.*, I, pp. 368 ss). El reducido tamaño del primer contingente colonizador de Cartago es también aceptado, entre otros muchos, por Whittaker, *loc. cit.*, p. 69.

cumplir un último requisito. Era necesaria su proximidad a algún centro fenicio que pudiera brindar ayuda en situaciones de peligro al exiguo número de exiliados⁵⁸ y que al mismo tiempo proporcionara información fidedigna de los acontecimientos que se produjeran en Tiro, es decir, que les sirviera como nexo de unión con la metrópoli, amén de proporcionarles la ayuda indispensable para levantar una infraestructura mínima pero adecuada a las más perentorias necesidades.

En función de todas estas consideraciones, el lugar más adecuado para el establecimiento de los exiliados era precisamente el que escogieron: Cartago. La topografía del lugar, además, proporcionaba otras ventajas adicionales. La pequeña «península» denominada por los griegos Mégara, rodeada de lagunas, la convertían en un territorio accesible sin dificultades desde el mar y fácilmente defendible en caso de ataque procedente del interior. La feraz llanura que se abría a sus espaldas permitiría, en caso de necesidad, asegurar un importante volumen de producción agrícola y, como se confirmará en el transcurso del tiempo, constituirá la vía natural de expansión territorial.

Por lo demás, se hallaba lo suficientemente alejado de Tiro como para permitirle escapar de su control político, cosa que, por ejemplo, no ocurría con Chipre, que ha proporcionado evidencia epigráfica de su dependencia política respecto a Tiro⁵⁹. Además, se hallaba tan cerca de Utica que tenía aseguradas la defensa y el contacto con el exterior, a través de esta antigua fundación, que desde el primer momento había mostrado sus simpatías por los recién llegados⁶⁰.

La narración de Justino concluye con la mención e interpretación del descubrimiento de un cráneo de buey en el territorio del más antiguo establecimiento, la necesidad del traslado de la ciudad y el hallazgo, como augurio favorable, de un cráneo de caballo en el nuevo emplazamiento⁶¹. Cabría interpretar estas alusiones legendarias como una manifestación de la precariedad territorial del emplazamiento inicial y la necesidad perentoria de su traslado en el momento en que una buena parte de la población hubiese abandonado la esperanza de regresar a Tiro. Se puede aducir una constatación arqueológica de esta interpretación del texto de Justino, pues se observa un desplazamiento topográfico del primitivo asentamiento, de carácter temporal, a un establecimiento definitivo⁶².

IV. Consideraciones finales

El carácter hipotético de nuestra reconstrucción histórica sobre la fundación de Cartago, no puede ser fácilmente despejado debido a la escasez de documentos que poseemos. Sin embargo, existen indicios proce

⁵⁹ CIS, I, núm. 5; cfr. Moscati, *The World...*, p. 138; Bunnens, *Op. cit.*, pp. 41-42.

⁶⁰ Justino, XVIII, 5, 12.

⁶¹ Justino, XVIII, 5, 15-17.

⁶² Vid., por ejemplo, las consideraciones a este respecto de Whittaker, *loc. cit.*, p. 67.

dentes de las relaciones internacionales que encajan bien con esta hipótesis.

Se ha aducido como testimonio de las buenas relaciones entre Cartago y Tiro —si no de su dependencia política o económica— desde el comienzo de la existencia de la primera, el pago de un diezmo anual de los beneficios públicos de Cartago a la metrópoli⁶³.

Del texto de Diodoro no se deduce que el diezmo se pagase necesariamente desde el origen de Cartago, pero, en cualquier caso, este diezmo no representa en absoluto una dependencia de Cartago con respecto a Tiro o unas relaciones amistosas entre ambas ciudades. No hay que olvidar que el diezmo era entregado al templo de Melqart en Tiro, es decir, al templo del que había sido sacerdote Acerbas y al que el grupo de exiliados se sentía emocionalmente vinculado. En este sentido, el significado del diezmo podría ser simplemente una vinculación de carácter religioso⁶⁴. Al mismo tiempo cabría otra interpretación más aventurada: el diezmo pagado por Cartago y destinado al templo de Melqart podría ser una forma oculta de financiar a la oposición política, asociada, como hemos visto, al templo de Melqart. De hecho, el texto de Diodoro en que se hace alusión al asunto del diezmo dice que esta costumbre existía desde muy antiguo y que con el tiempo se fue abandonando. Curiosa dependencia política ésta que está sometida al uso. Más acorde con la noticia de Diodoro sería considerar que el diezmo deja de entregarse en el momento en que Cartago comprende la inutilidad de la aportación al templo de Melqart. Por consiguiente, no es preciso aceptar la interpretación que habitualmente se ha dado al problema del diezmo, ya que caben otras posibilidades igualmente válidas y que no obligan a suponer una dependencia de Cartago con respecto a la metrópoli.

También se ha insinuado que los sufetes de Cartago representan la presencia de funcionarios metropolitanos encargados de la administración de la colonia⁶⁵. Esta hipótesis reviste la dificultad de que el sufetato no está atestiguado con seguridad en Cartago hasta el siglo V a. C.⁶⁶. Aunque llevasen razón quienes defienden la existencia de sufetes desde el origen de Cartago, o en época muy temprana, tampoco significaría necesariamente una dependencia de Tiro, pues ya hemos visto que el sufetato es la forma lógica

⁶³ Diodoro Sículo, XX, 14, 2. Véase lo más reciente a este respecto: Decret-Fantar, *Op. cit.* p. 54. Las dificultades a que aluden estos autores para negar el conflicto entre la monarquía de Tiro y el sacerdocio de Melqart no son convincentes. La ausencia de testimonios literarios que pongan de manifiesto este conflicto es un peligroso argumento *ex silentio*; pero, además, el texto de Justino es suficientemente claro e ilustrativo en este sentido. Por otra parte, que los cartagineses tuvieran una alta consideración por Tiro no impide pensar que Cartago hubiera sido fundada como consecuencia de una ruptura en la aristocracia tiria. El exiliado puede estar en contra del poder político de su patria y al mismo tiempo seguir amándola.

⁶⁴ Decret y Fantar (*Op. cit.*, p. 54) basan su argumentación para la dependencia política de Cartago en el hecho de que el diezmo era entregado al templo de Melqart y que el sacerdote de este templo era el propio rey de Tiro. Ahora bien, este presupuesto no parece correcto, ya que el rey de Tiro era sacerdote de Astarte (vid. n. 41) y el sacerdocio de Melqart se mantuvo al margen del trono; por tanto, el argumento carece de base sólida.

⁶⁵ Cfr., por ejemplo, Bunnens, *Op. cit.*, p. 289.

⁶⁶ C. R. Krahmaikov, «Notes on the rule of the Softim in Carthage», *RSF*, 4, 1976, pp. 155-157.

de gobierno entre las oligarquías mercantiles del mundo colonial fenicio, y la muerte sin herederos de Elisa podría haber instituido este régimen de gobierno en Cartago, pero como una evolución natural y no como imposición de la metrópoli.

Por otra parte, es importante destacar, en el contexto de la política internacional a la que hemos hecho alusión anteriormente, que las relaciones entre Cartago y Egipto parecen haber sido estrechas desde un principio. De hecho en las tumbas más antiguas de Cartago se documentan materiales egipcios⁶⁷, que vienen a demostrar la existencia de relaciones comerciales con el vecino africano desde muy pronto. Además, aunque el dato no sea muy fiable, es indicativo que el primer antepasado de Baalus se llamase Mishri⁶⁸. Al parecer este personaje, cuyo nombre significa «el egipcio» vivió en Cartago en los primeros tiempos de la existencia de la ciudad⁶⁹. Su propio nombre parece indicar su procedencia y quizá la relación entre egipcios y cartagineses desde los orígenes de la ciudad. En cualquier caso, los datos arqueológicos son evidentes y por ello llama la atención el hecho de que Cartago mantenga amistosas relaciones con Egipto precisamente en el momento en que el control asirio sobre Tiro hacía que las relaciones entre esta ciudad y Egipto no fueran estrechas. Resultaría una incoherencia política que la metrópoli estuviese orientada, aunque por la fuerza, hacia Asiria, mientras que la colonia orientaba sus relaciones hacia Egipto. Este hecho no se acaba de entender muy bien si no es aceptando una independencia política y económica de la nueva fundación tiria.

V. Conclusiones

La fundación de Cartago se presenta como un fenómeno aislado en la expansión colonial fenicia. Su proximidad a Utica, su aislamiento en el contexto colonial y su escasa actividad comercial inicial nos permiten suponer que la fundación de la nueva ciudad es un hecho marginal en aquel proceso.

En función de estas observaciones hay que buscar la causa de la fundación de Cartago por otros derroteros. Del análisis de los textos literarios se desprende que la nueva ciudad surge como consecuencia de las luchas internas en el seno de la aristocracia tiria. Tras el análisis de la situación internacional en los momentos anteriores a la fundación y de la observación de la política interna se pueden obtener los indicios que expliquen las disensiones en la oligarquía tiria que motivaron la nueva fundación. La aristocracia tradicional tiria estaba constituida por los antiguos terratenientes, cuyo principal representante era el propio rey, que al mismo tiempo

⁶⁷ Cintas, *Op. cit.*, I, pp. 446 ss.; II, pp. 276, 280 ss., etc.

⁶⁸ *CIS*, III, p. 124, láms. XIII y XIV, núm. 3778.

⁶⁹ Cfr., a propósito de la inscripción de Baalus citada en la nota anterior, Cintas, *Op. cit.*, I, pp. 464-469.

desempeñaba el sacerdocio de Astarté. La primera expansión marítima atraería el capital de la aristocracia terrateniente, que se convertiría así también en empresaria de las actividades comerciales.

El propio rey ocupó un destacado lugar en la organización de estas empresas. Pero al mismo tiempo, el comercio irá enriqueciendo a otros grupos sociales hasta hacer de ellos una oligarquía plutócrata que, sin embargo, no tendría respaldo de bienes inmuebles en su economía mercantil. Esta oligarquía mercantil, difícilmente diferenciable de los terratenientes dedicados ahora también en parte al comercio, se agrupaba en torno a un culto común, el de Melqart, dios de las empresas marítimas, cuyo sacerdocio era independiente del monarca. El éxito de las actividades comerciales tendría como consecuencia un extraordinario prestigio de Melqart y, por simpatía, de su sacerdocio, de tal forma que el sacerdote de Melqart se convertiría en la figura más importante de la ciudad tras el propio rey.

El poder económico adquirido por la oligarquía mercantil le permitiría exigir su participación en cuestiones políticas y sería así como tuvieron acceso al consejo de la ciudad. De esta manera el consejo aristocrático de Tiro estaría constituido por representantes de la oligarquía terrateniente —muchos de cuyos miembros tendrían también intereses comerciales— y de la oligarquía mercantil. Las tensiones de este consejo estarían polarizadas esencialmente entre aquellos terratenientes no dedicados al comercio y la oligarquía mercantil.

Esta equilibrada situación en la política interna se vio completamente alterada por la presencia de los ejércitos asirios en la costa mediterránea. La expansión imperialista asiria tenía como finalidad la obtención de tributos. Por las características de éstos sabemos que procedían de las actividades comerciales de los fenicios y que no eran necesariamente artículos de producción fenicia. Esta actitud asiria hay que entenderla, pues, como una forma de actividad comercial. Es evidente que los más perjudicados por la presencia asiria serían aquellos comerciantes que no tenían propiedades territoriales que les sirvieran de respaldo ante la mala situación económica.

La muerte de Salmanasar III (824 a. C) señala el comienzo de una época de relajamiento en la presión asiria. Este alivio temporal haría abrigar la esperanza a la oligarquía mercantil de que una aproximación política a Egipto alejaría definitivamente al fantasma de la opresión asiria. Mientras, la aristocracia terrateniente, con una óptica política adecuada a la realidad y menos dañada por el imperialismo asirio, sería contraria al enfrentamiento con el poderoso vecino oriental. En tales circunstancias, el rey Pigmalión ante el temor de perder el control político —y si no él por su juventud, sí sus consejeros más allegados— decide que sea el sector oligárquico de los terratenientes el que imponga sus criterios y provoca una inmediata política de represión contra el otro sector. La inauguración de esta política de terror está marcada por el asesinato de su cuñado Acerbas, sacerdote de Melqart y como tal líder del sector mercantil de la oligarquía tiria. Ante la nueva situación, el sector políticamente derrotado y perseguido, o al menos sus más

destacados representantes, opta por el exilio. Al frente de este grupo se encuentra Elisa desposeída de su regencia. El grupo de exiliados trata, al parecer, de refugiarse en Kition, pero las circunstancias le son adversas y se ve obligado a salir de Chipre. Es entonces cuando observan que su única posibilidad es establecerse en un nuevo asentamiento a la espera de que las circunstancias en Tiro les sean favorables para regresar. El lugar escogido para este exilio transitorio reúne los requisitos necesarios para mantener un contacto indirecto con la metrópoli y observar un mínimo de seguridad frente a posibles represalias procedentes de Tiro. Por ello, se establecen en las proximidades de una antigua fundación colonial, Utica, alejada de la metrópoli, pero no excesivamente distante.

La evolución interna de la política en Tiro hizo imposible el sueño del regreso y al cabo de algún tiempo los habitantes del asentamiento temporal decidieron levantar, en las proximidades del lugar al que habían llegado Elisa y los suyos, una auténtica nueva ciudad: *Qartihadasti*.

